

Flora Cárdenas – 20251287005

Fotografía intervenida, trabajo final

Siempre me he sentido muy conectada con mi infancia, como si esa niña que fui todavía estuviera dentro de mí, jugando, bailando, mirándose al espejo con una sonrisa cómplice. Tal vez por eso, al pensar en esta propuesta, supe que no quería hablar desde el dolor ni desde una herida, sino desde un lugar distinto: la certeza, mi certeza.

Porque, aunque recuerdo con claridad algunos comentarios que me hicieron cuando era pequeña (frases que muchas veces se dicen al pasar, sin mala intención aparente) lo cierto es que nunca me los creí. Nunca me definieron. Nunca me dolieron como quizás esperaban. Al contrario, fueron pequeñas pruebas que me confirmaron algo que, por suerte, siempre supe: que yo era suficiente tal como era.

De chiquita me decían que era “muy madura para mi edad”, como si eso fuera algo extraño, como si observar el mundo con curiosidad, pensar más allá o expresarme con seguridad fuera demasiado para alguien tan pequeña. También recuerdo cuando una vez alguien dijo que yo era una “flaca voluminosa”, una frase que parecía no tener sentido, como si se tratara de una contradicción. Pero incluso en ese momento, algo dentro de mí no lo tomó como una crítica. Solo pensé: *“Bueno... quizás tengo algo que no encaja del todo en sus categorías, y eso está bien.”* Nunca sentí la necesidad de explicarme. Mi cuerpo no necesitaba justificarse. Tenía presencia, tenía forma, tenía fuerza. Y eso no se mide por tallas ni etiquetas. Simplemente *era yo*.

Y, claro, mis “dientes de vampiro”. Esa fue otra. Me lo dijeron con tono de burla, como si mi sonrisa no fuera lo suficientemente delicada, como si tuviera que esconderla. Pero incluso en ese entonces, cuando era solo una niña, yo ya me amaba. Me miraba al espejo y me gustaba lo que veía. Me sentía linda, única, especial. Tal vez no encajaba del todo en lo que los adultos esperaban, pero eso nunca me preocupó demasiado. Yo elegí confiar en mí. Y eso, con el tiempo, se ha convertido en mi mayor fortaleza.

En esta fotografía elegí dejarme ver cómo era: desprevenida, alegre, completamente yo. No sentí que hubiera que ocultar nada. **Dejé que mis “dientes de vampiro” brillaran**, no como un defecto, sino como una forma juguetona de mostrar mi esencia. No los escondí, los destaque, porque siempre supe que mi sonrisa no necesitaba suavizarse para ser hermosa. En el centro de mi pecho coloqué **una flor rosada**, como si creciera justo desde mi corazón. Esa flor representa esa “madurez” que tantas veces me señalaron desde pequeña. No la



veo como algo fuera de lugar, sino como sensibilidad, como capacidad de mirar profundo, de sentir mucho y expresarlo con libertad. Esa flor es mi ternura expuesta, mi alma abierta. También hay **manos que señalan**, como si intentaran encasillarme, como si intentaran reducirme a lo que ellos veían. Pero mi cuerpo no se encoge frente a esas miradas. Yo ya me había definido antes de que alguien dijera algo (a través de los **corazones y estrellas** al rededor)

Incluso esa textura en mi pierna (ese fragmento de arena) simboliza lo que una vez llamaron "flaca voluminosa", esa mezcla que no entendían pero que yo siempre habité con naturalidad. Porque sí,

puedo ser curva y ligera, firme y suave. Soy cuerpo sin contradicciones, porque nunca sentí que tuviera que explicarlo.

Lo más bonito de este ejercicio fue que no tuve que sanar nada. Solo tuve que recordar. Recordar que yo siempre me vi con ojos de amor. Que siempre me sentí linda, incluso cuando no era lo que esperaban. Que mi forma de estar en el mundo no era exagerada, ni errada, ni extraña. Era mía. Y eso era suficiente.

Hoy, al ver esta imagen, no siento orgullo por haber superado nada, sino gratitud por nunca haberme perdido. Por haberme elegido una y otra vez, incluso cuando era tan pequeña que no sabía ponerlo en palabras. Me cuidé, sin saber que lo estaba haciendo. Me creí, sin necesitar razones. Y aquí estoy, todavía bailando, sonriendo, sintiéndome cómoda en mi cuerpo, habitándolo con libertad.

Esta foto es mi forma de decir: no me dolió. No me partió.

Esta foto es mi forma de decir: **gracias por intentar confundirme, pero yo ya sabía quién era.** Y eso no me lo quitó nadie.

Link: https://youtu.be/PG2-CCe_Ub0?si=d2AhGyBTlhches7M

Desde pequeña, siempre me moví al ritmo de algo que tal vez no todos escuchaban. Bailaba en el parque con mis amigos incluso cuando no había música, como si el mundo entero fuera mi escenario invisible. No me daba pena, no necesitaba permiso. Solo me bastaba con el impulso de moverme, de expresarme sin palabras, de sentirme libre.

Muchas veces escuché decir: “¡Esta niña no se cansa de bailar!”, o el clásico comentario de mi tía: “Parece que se le hubiera metido el diablo en los pies”. Lo decían entre risas, pero con ese tono que sugiere que hay algo que corregir. Como si moverse sin parar fuera algo inadecuado, como si el cuerpo tuviera que estar quieto para ser correcto. Poco a poco, empecé a cuestionar si estaba bien sentirme tan viva al bailar.

Pero el cuerpo recuerda. Incluso cuando crece, incluso cuando intenta ajustarse a moldes. Por eso, para este autorretrato decidí regresar al movimiento. A esa parte mía que nunca dejó de bailar, aunque a veces lo hiciera en silencio. Usé videos míos bailando, recopilaciones de momentos donde mi cuerpo hablaba lo que mi voz no sabía decir. Porque cada paso, cada giro, es una memoria que resiste, que transforma, que se nombra a sí misma.

Mi autorretrato no tiene una sola forma: es el movimiento mismo. Es la risa libre de la niña que bailaba sin música. Es también la incomodidad de haber sentido alguna vez que eso estaba mal. Pero, sobre todo, es la reconexión con lo más puro de mí: la danza como refugio, como impulso vital, como lenguaje del alma.

Crear este autorretrato fue como volver a casa. Reconocer que lo que me hace diferente también me hace auténtica. Que mi cuerpo no necesita permiso para expresarse. Que bailar no es un exceso, es una forma de habitarme.